

horas, hace de tiempo en tiempo, una corta aparición entre dos nubes, y sus rayos desfallecientes sobre las cimas descuajadas de las florestas tienen toda la melancolía del último adiós.

Las cornejas vuelan á bandadas por encima de las llanuras y lanzan su grito siniestro como un desafío á toda esperanza de renacimiento de la Naturaleza; y cuando la noche llega, el cielo, en vez de iluminar con sus estrellas, lámparas etéreas del Infinito nuestras cabezas, se funde en neblinas que forman espectros de los árboles, para liquidarse de rama en rama sobre las hojas secas que, una á una, van cayendo, y exhalando á cada lágrima, una nota sorda de indecible tristeza.

Viene enseguida el invierno: la nieve desciende arremolinada sobre la tierra, y ahoga hasta el más leve rumor de vida. El hombre pasa silencioso como una sombra por encima del suelo enmudecido: el sol se ausenta; la rosa no florece más; la viña no madura ya: hé aquí la hora *de requiem* de la Creación.

Pero en medio de este mutismo, de este adormecimiento de la Naturaleza, la savia de la vida se cobija y fermenta aún; repara sus fuerzas en silencio, y las prepara para nuevas obras y más fértiles mieses; y luego, no tarde, al primer rayo de la primavera que la irradia, hace su explosión con inagotable munificencia; y las flores brotan del campo como joyas escondidas en misterioso secreto, y el sol vuelve á ostentarse; y todos los ecos del espacio entonan, al través de la festiva Naturaleza, el himno de la resurrección primaveral.

¿HA MUERTO DIOS?

I

La Iglesia Católica ha sido, desde su principio, la religión Cristiana: ¿qué es ella hoy? No busquéis en su seno al Cristo, sólo encontraréis, al sacerdote.

Su ministro, es en efecto, el que, en ese culto, toma el lugar de Dios, y reina en el cielo como en la tierra; él, quien hace y deshace el dogma; él, quien liga y desliga, el que abre y el que cierra, á su voluntad, la puerta de la salvación.

Se apodera del niño al salir de las entrañas de la madre para lavarlo en el agua del bautismo. Le pone un nombre de santo para inculcar á la familia que tiene dos padres, uno según la carne, y otro según el espíritu. Después de algunos años, cuando el niño sabe hablar sin acertar á comprender, la Iglesia Romana lo catequiza para prepararlo á la primera comunión; y apenas llega á la edad núbil, lo vuelve á tomar por la mano para casarlo ante el altar. Más tarde, cuando la hora de la agonía se acerca, ella misma acude al lecho del moribundo para ponerle sobre la frente una gota de aceite; arras-

tra enseguida el cadáver á una capilla, y previo el rocío que le esparce de agua bendita, canta en su presencia un *De profundis*: en una palabra, desde el primero hasta el último día mantiene al fiel en la cadena para conducirlo desde la cama hasta la tumba.

Y, por temor de que, en ese intervalo, se escape, le recuerda, sin cesar, lo que ella designa por el Tribunal de la Penitencia; y allí, en el escondrijo reservado á las inmundicias del alma exige que un hombre, de rodillas ante otro amasado con el mismo barro, vaya á revelar á este otro que no tiene sobre él más ventaja que la de llevar la cabeza raspada en redondo, todo lo que ha pensado, dicho ó hecho, y hasta el misterio más íntimo de la mujer y del marido: ella hace, en fin, entrar al sacerdote en la alcoba nupcial para dejarlo allí de plantón.

La Iglesia, siempre á la huella del hombre, no lo abandona más, á sí propio, un solo minuto. Ella le anuncia desde lo alto de su campanario la hora de levantarse y la de dormir, y le dicta, momento por momento, el empleo que ha de dar al día, en el cuadrante de su reloj. Ella repica en los bautismos, proclama los días festivos, toca la agonía de los moribundos, y lanza al viento los sonidos anhelantes del somatén como para imponer al fiel, á todas horas y circunstancias, que no le es lícito nacer, vivir, dormir y morir sin que la Iglesia esté allí para anunciar el suceso. El creyente tiene pues, sin cesar, su religión al oído.

Y no solamente en su oído, sino también en su labio, porque debe continuamente orar ó enlazar su oración á la del sacerdote, en la hora

del Angelus, en la de comer, de cenar, de acostarse. *Ora pro nobis; Deo gratias; Pater noster; Ave Maria.* El fiel habla sin descanso á Dios como para atraer sobre sí la atención del cielo: yo como, Señor; mírame comer; voy á dormir; envíame un ángel custodio que vele á la cabecera de mi cama.

Esa Iglesia en fin, anhelosa de acaparar mejor el espíritu del católico, le pone y le vuelve á poner en la mano un gesto que ha de hacer y repetir á cada evolución de su habitualidad: toca la campana el *Angelus*, y tiene que persignarse; se sienta en la mesa, y se persigna; entra en la Iglesia, y se persigna; sale de ella y se persigna; en una palabra, tiene sin cesar su religión en la punta de los dedos, y el signo de la cruz llega en él, al estado de función natural.

La Iglesia bautiza hasta al mismo tiempo, y señala cada día con el nombre de un Santo. San Pedro, San Juan, San José, el cual debe celebrarse en familia según el nombre impreso en el bautismo. Hay, además, otro santo que se está obligado á festejar en razón del oficio que el católico ejerce, porque ella tiene para todos, su lugar reservado, ya en el escritorio como en la tienda; San Ignacio, San Crispín, San Eloy.

El cristiano no puede trabajar en días festivos, reservados á la molicie: el herrero debe apagar su fragua, el labrador dejar su arado en el surco; el molino no tiene tampoco el derecho de dar vueltas. La antigüedad condenaba al esclavo al trabajo forzado; la Iglesia lo fuerza al reposo obligatorio. Ella penetra, por autoridad propia en el hogar; regula el tocador de la mujer; disgrega de él todo lo que

puede parecer un adelanto á Satán, y arroja de paso una ojeada á la cocina para apagar en ella la lumbre, en día de ayuno, y para impedir, en otro de vigilia, la presentación en la mesa de todo plato anatematizado.

La Iglesia Romana no deja su rebaño ni un minuto. Ella lo domina, lo tiene sitiado de tal manera, á todas horas y en cada una de sus evoluciones; penetra tan profundamente en su seno y hasta en su última fibra, que ha conseguido llegar á ser para el fiel una exigencia ó mejor dicho una necesidad física, como el humo del opio para el chino.

Cuando el sacerdote lanzaba la excomunión sobre una ciudad, la pronunciaba ante la puerta de la catedral, con un cirio encendido en la mano, que, después, arrojaba al suelo y apagaba con el pié; colocaba en su pórtico un manojo de zarzas; y desde entonces, no más bautismo, ni comunión, ni misa, ni confesión, ni *De profundis*, ni otra cosa que la oración muda, el púlpito desierto, y la campana entristecida, que sólo anuncia la hora, y parece decir: «el Cristo ha muerto por segunda vez! ¡No existe ya el Salvador!»

La fese ahogaba, el aire se condensaba; y ¿qué creyente hubiese podido oponerse á esta avalancha del clero que encerraba á Dios bajo llave y condenaba el alma á la asfixia? El cadáver mismo no podía resistir á su empuje: y creíase que estremecido de horror en el fondo de su cripta, levantaba su losa y salía de la iglesia ceñido de su sudario.

La religión Romana no hablaba solamente al cuerpo, que también hablaba al espíritu. Ella

tenía el monopolio de la instrucción, bajo todas sus formas y en todos los grados; ella sola y casi exclusivamente, enseñaba á leer y á escribir, é instruía lo menos posible, y jamás sobre nada que pudiera parecer ciencia. La Teología como la Liturgia habían conservado el uso del latín que no es otra cosa que una cortina corrida entre el clero y el fiel. ¿Para qué sirve pensar? Basta con creer. Se cree tanto más, cuanto menos se comprende la creencia.

Ella sola tenía, además, el derecho de predicar y de escribir. El domingo subía al púlpito para dar la lección á su rebaño, y ¿quién otro hubiera osado pronunciarse contra su doctrina, que no se hubiese visto hundido y pisoteado por el predicador? La Iglesia tenía su mano puesta sobre la boca de la humanidad, y ningún escritor por hábil que fuese, ni por elevado que se encontrase, podía publicar un libro sin el permiso del sacerdote.

Toda sociedad digna del nombre de civilizada constituye una escuela mutua en que cada uno es profesor, y al mismo tiempo alumno que enseña, y aprende á su vez. De esta acción y de esa reacción de cada uno sobre todos, y de todos respecto de cada uno, resalta la luz de la verdad; pero en la Edad Media, el libro, ese mediador mudo entre el espíritu del uno y el espíritu del otro no existía sinó bajo la forma de pesado in-folio manuscrito, adherido con una cadena de hierro al pupitre de la biblioteca del convento.

La Iglesia tenía, en fin, el monopolio de la única prensa posible en aquella época, prensa oral, prensa ambulante de cincuenta ó cincuenta

mil monjes mendicantes que predicaban libremente á las multitudes de la calle; y, desde la altura de su prestigio, difundían la palabra ordenada de Roma, por toda la cristiandad. Más aproximado al pueblo por su género de vida, el Franciscano, con los piés desnudos y por medio de su hábito oscuro, representaba, contra los demás poderes, lo que podía llamarse la demagogía de la Iglesia; y cuando estos poderes tenían la insolencia de resistirla, desataba contra ellos la jauria de ladrones de su cubil claustrado.

Todo el mundo siente; el menor número piensa; porque para pensar, no basta la inteligencia; es preciso además, la instrucción; en todos tiempos, el hombre ha sido sentimiento más que razón, y es por tanto á su imaginación, á la que debe hablársele para que comprenda. En una época en que la multitud no podía creer sinó por los sentidos era á éstos á quienes precisaba sermonear para dar al hombre una convicción. El catolicismo tuvo el mérito de comprender este precepto de religión, menos bien, sin duda, que el paganismo, del cual no ha sido más que la falsificación, pero lo suficiente, sin embargo, para cautivar la imaginación del fiel. De aquí, esa ostentación que hacía del culto, un espectáculo, de allí esa mímica del sacerdote en el altar; de allí esa estrella recamada de oro y de plata, esa mitra apuntada é imitada de algún santuario de Siria, y esa luz reflejada al través de los vidrios de florones que hacía tender sobre las lozas de la Iglesia como un tapiz tejido por los rayos del sol; de allí, esos ecos aéreos del órgano que descendían de lo alto de

la nave como una melodía celeste; de allí, la nube embalsamada que los incensarios exhalaban balanceados cadenciosamente en el momento de la adoración; de allí, en fin, la ostentosa exhibición del día de Corpus que saliendo de la Iglesia con banderas desplegadas, desfilara procesionalmente por las calles tapizadas de flores, sobre una litera de hinojos, mientras que una doble línea de entusiastas cristianos lanzaban al cielo puñados de rosas y cohetes.

La Iglesia romana se complacía en mantener la ignorancia en el pueblo para fomentar la superstición, no por cálculo, tal vez, sinó por instinto; porque la superstición, como ha dicho José de Maistre, es la vanguardia de la religión, pues, cuando se sale de lo natural para entrar en lo sobrenatural, se prefiere la medicina de la oración á la de la ciencia, y se busca en la hipótesis, del milagro la curación del enfermo. Si la mies se secaba, ó se podría en su raíz, una procesión se discurría al través de los campos, llevando cargada la cruz, para demostrar que el sacerdote tenía á sus órdenes á Dios contra la lluvia y la seca.

El infierno, sepultado en el centro de la tierra no era bastante ostensible para amedrentar convenientemente la imaginación. Era indispensable sacarlo del abismo de los muertos para mezclarlo, en cierta manera, con los vivos; y esto fué lo que hizo la Iglesia con la ayuda del sortilegio, que, otra cosa no es sinó el averno, en pleno día, para relajar la cristiandad. Si algunas veces sucedía que allá por la media noche, el pastor dormitando á la luz de las estrellas envuelto en su piel de cabra, oía, de re-

rente, ladrar su perro, y un rumor pasaba por encima de su cabeza semejando el aleteo de un vuelo de pájaros, figurábase que era la cabalgada aérea de los brujos y las hechiceras que galopaban sobre los vientos para concurrir á la cita del Sábado.

Allí, al resplandor de la luna y sobre el matorral de un bosque, celebraba el demonio la misa negra, de espaldas al altar con una naba negra en la mano á guisa de hostia; y después de esta parodia de sacrificio divino, tomaba fuego y la convertía en humo sin que quedase de ella más que un poco de ceniza y de carbón.

Los concurrentes recogían piadosamente esta reliquia para fabricar el polvo de los sortilegios, conque el hechicero tenía derecho de vida y muerte sobre la naturaleza entera. Si una hechicera soplabá sobre el rostro de una mujer, ésta giraba sobre sí misma y moría; si otro tocaba á un buey, el animal mugía, y moría también, y cuando se le despellejaba, se encontraba la mano del hechicero pintada de negro sobre su carne.

El hechicero, tenía, en efecto el dón de matar con una palabra en voz baja, al niño recién nacido, como á la manada de un ganado, de asolar las mieses, de quemar con granizo las viñas, de trastornar las cerraduras y de cerrar el ojo de las agujas. Y fué un papa, fué Inocencio VIII quien lo afirmó *ex cathedra* en una bula, revestido, por supuesto, del carácter de infalible. Es verdad que la iglesia tenía contra tan terrible plaga, el remedio del exorcismo, de que usaba con gravedad, porque en él creía.

La Iglesia papista había hecho del hombre,

su prisionero, y para mantenerlo más atado había organizado la ponderosa gerarquía de su doble clero; el uno secular, y el otro regular. El primero subía del vicario al cura, del cura al obispo, del obispo al arzobispo, y de éste al soberano pontífice, último peldaño de la escala. Este clero no era, á decir verdad, sinó una especie de telégrafo en acción, encargado de transmitir la palabra de orden de Roma á toda la cristiandad.

El segundo, acuartelado en los conventos, vivía en éstos como un ejército en sus puestos militares al abrigo de los golpes de mano del pensamiento. Hacía voto de pobreza, lo cual no le impedía poseer un tercio de territorio y de ejercer sobre el pueblo el poder de señor feudal con derecho de alta y baja justicia.

Este espantoso poder concentrado en la cabeza del jefe de la Iglesia, lo hizo estallar. Aquél se persuadió que si no era, por completo un Dios, había entre él y el otro tan poco espesor, que no valía la pena de hacer notar la distancia que los separaba. A pesar de titularse el servidor de los servidores, se declaró el soberano de los soberanos; soberano bagabundo, algunas veces, que no tenía ni una piedra siquiera donde reposar su cabeza, dentro de su propia capital.

Pero, cuando al tirar un día su mula de la brida, subía un sendero escarpado para guarecer su divinidad, en fuga, detrás la poterna de algún castillo fuerte de los Apeninos, le sucedió que hizo un gesto alrededor del horizonte que lo envolvía. "Todo esto me pertenece, dijo, con el mismo título que á Dios, *mi otro yo*: los reyes no son sinó mis vasallos: puedo con un

ademán elevarlos ó abatirlos; no tengo más que soplar sobre sus coronas para hacerlas caer.»

Por más que el papado y la divinidad no formasen una sola y propia persona, era preciso creer lo que el sacerdote creía, y repetir lo que él mismo decía. Toda opinión independiente no era ya una opinión; ni siquiera error; era una rebelión que posaba la mano sobre Dios; que cometía el crimen de los crímenes, el crimen de lesa majestad divina: no había que discutir con ella, ni procurar combatirla; sólo quedaba el recurso de exterminarla.

De esta manera seguía la Iglesia romana á través del mundo, con su dogma en una mano, y una tea en la otra, diciendo á todo el que tenía aún la insolencia de pensar: «¡Hé aquí la verdad; hé aquí un tísón; cree ó muere!»

II

Estaba reservado al papado introducir en el mundo un género de muerte nuevo, la muerte religiosa; y matar por una creencia, en nombre de un Dios que murió. Él mismo por una idea. La Iglesia hacía la guerra, predicando: un papa exclamaba desde su encumbrada cátedra, «Espada, sal de tu vaina, afílate para exterminar» y la espada aguzaba su punta, por sí misma, en toda la cristiandad: arrojando así, la Europa sobre el Asia para establecer allí el Evangelio en lugar del Corán, y conquistar la cueva de una roca que se decía ser la tumba de Cristo.

La Europa no fué en la Edad Media más que una cruzada inmensa, no sólo en Palestina sino en Suecia, en Hungría, en Sicilia, por todas partes: cruzada contra los Beguinos, contra los Lollardos, contra los Patarinos, contra los Vandences, los Flagelantes, los Albigenses. Hombres sanos, mujeres, niños, ancianos, todo era degollado, violado, despanzurrado; y levantando al cielo su crucifijo empapado en sangre, un legado del papa invocaba á Dios para que bajase á gozar del espectáculo de aquella carnicería todavía humeante. «¡Míralos bien, Sé-

ñor! Hay tal vez inocentes entre ellos; date el trabajo de recojerlos.»

Si la tierra pudiese rebosar la sangre de todas las víctimas de la ortodoxia que ha bebido durante tantos siglos, la mar se enrojecería desde el uno al otro extremo del Océano; y si se amontonasen unas sobre otras las osamentas de todas las hecatombes humanas inmoladas á la voz de un papa, se levantaría hasta el cielo una pirámide más alta que el Himalaya.

Un día, una raza desprendida, no se sabe de dónde, como una fantasía de las mil y una noches, desembarca en Andalucía; y en un abrir y cerrar de ojos, el tiempo necesario para embridar sus caballos, emprende al galope la conquista de la mitad de España, no para asolarla y convertirla á sablazos en ovación al profeta, sino para instruirla y fertilizarla.

El pueblo moro no era en aquella época solamente una raza guerrera; era también, y ante todo, un pueblo sabio, artista, inventor, industrial y agricultor. Llevaba á la España como dón de glorioso advenimiento, el alma de la Grecia, su filosofía, su literatura, su geometría; la medicina, la brújula, la platería, el acero, el arte de la irrigación, la arquitectura Hadárica de la Alhambra, en fin, esa misteriosa poesía de sonidos, que se llama la música. Y todavía, en nuestro tiempo, la guitarra, desprendida ya de su mano, repite las deliciosas armonías árabes que vuelan escapadas, atravesando los siglos, hacia nosotros, ardientes como las explosiones del corazón, ó quejumbrosas como los ensueños de dos amantes bajo las estrellas embalsamadas por los floridos limoneros.

La raza mora que no podía ser más tolerante, comprendía que había espacio en el cielo, ese gran panteón del mundo, para todos los dioses de paso que el hombre se complaciese en alojar allí. Dejaba pues á Jesús entronizarse apasiblemente al lado de Mahoma. La mezquita vivía en buena armonía con la catedral; la campana tocaba en el campanario, mientras que el muphti cantaba sobre el minarete. La función se realizaba, de día en día, entre las dos razas, por sólo el contacto de la vecindad, y, como en todas partes, la mujer servía de lazo estrecho de mutua unión. Si España hubiese conservado la raza mora, habría ganado tres siglos de progreso sobre el resto de Europa.

Pero, hé aquí, que una nube negra impulsada del Norte, pasa con sordo rugido por el reino de Granada. Era el catolicismo sombrío con pesadumbre de hierro que venía á descargarse sobre el mediodía de España; y tras esa avalancha desoladora todo se inflama, todo arde, todo se conmueve: una raza entera de hombres desaparece de la faz de la tierra; y de la magnífica civilización que consigo había traído, no quedan, en breve, más que campos sin cultivo, olivares asolados, manufacturas cerradas, ciudades arruinadas, edificios arrasados. El catolicismo acababa de pasar, y en el cementerio de una raza extinta, la hiena monacal de la inquisición iba todavía á olfatear el aire y á escarbar la tierra para buscar lo que le quedaba aún que devorar. En aquellos días se vió por todas partes brotar del suelo, en las principales ciudades de España, un monumento ambiguo, mitad palacio y mitad prisión.

El palacio ostentaba una fachada más ó menos arquitectural adornada de pilastras y balcones. La prisión en forma de claustro contenía dos hileras de celdas, unas en primer piso y las otras en la parte baja. Las primeras eran como cabañas iluminadas por un postigo en lo alto del techo; y las segundas eran calabozos oscuros que no recibían otra luz que la del ventanillo destinado á pasar el alimento á los prisioneros.

En fin, más hondo del piso bajo, una escalera subterránea conducía á las cavernas donde sólo las antorchas podían dar entrada á la luz. El edificio en conjunto tomaba el nombre de *Santa Casa*.

En ella residía el primer personaje del Estado. Vicario del papa, que era, por su propia autoridad, el vicario de Cristo, poseía, de segunda mano, la omnipotencia de la Iglesia. Podía, como el soberano pontífice, atar y desatar, excomulgar, absolver, degradar, destronar: tenía jurisdicción sobre todo español, grande ó pequeño gerárquicamente, sin excepción del mismo rey, para todos los casos de herejía. Este hombre, superior á todos, llevaba simplemente el nombre de *padre Iñigo, Domingo ó Pablo*, de la orden de santo Domingo.

Habitaba un palacio ricamente amueblado, con una lilrea numerosa de hidalgos de la primera nobleza que á mucha honra tenían servirle de ayuda de cámara. Poseía á la entrada de la ciudad una casa de campo donde la brisa tamisaba los perfumes de los naranjeros al través de los surtidores de las fuentes; y no iba á tomar el fresco sinó en carroza tirada por mulas

engalanadas de plumas, y con una escolta de escuderos á la portezuela, y caballerizos al estribo.

Este monje tenía á sus órdenes un ejército de voluntarios del espionaje que eran llamados políticamente *familiares*, caballeros distinguidos, por otra parte, y muy envanecidos de su blason, para aceptar un salario por llevarlo. La policía oculta de la *Santa Hermandad* diseminada por todas partes, sin que ningún signo exterior pudiese ofrecerla á la mirada, era la pupila y el oído de la Inquisición; y, gracias á su omnipresencia, podía verlo todo y oirlo todo. Ese amigo íntimo que comía en vuestra mesa, que os abrazaba al entrar, y os estrechaba la mano al salir, era un familiar; y os tuteaba, pero os hacía traición, á un tiempo.

No podíais ir ni volver, sin tener á vuestro lado á la *Santa Fe* que os perseguía sobre el ala de las moscas, y cuando regresabais al hogar y tirabais del cerrojo, no os imaginéis haberla dejado á la puerta, porque entraba y seguía pisando vuestros talones. Encendíais una bujía para leer un libro filosófico en la soledad de vuestro gabinete, y allí estaba la Inquisición inclinada sobre el espaldar de vuestro sillón que leía por encima de vuestros hombros la página sospechosa para anotarla en su cartera. Parecía que, en ciertos momentos, una voz salía de todas las paredes, de las encrucijadas, de las baldosas, que los ángulos del espacio hablaban, que la noche veía, que la brisa oía y que allá en el fondo de la sombra, colando su cabeza por las verjas ferradas de vuestro palacio, la Inquisición empinada sobre la punta de los piés,

y con la oreja extendida al viento aspiraba cada un soplo del aire como para olfatear una víctima que devorar.

Por muy seguro que se estuviese de su inocencia, jamás se conciliaba la tranquilidad; y nadie sabía por la mañana, si dormiría por la noche en su propio lecho. Un terror misterioso se cernía sobre toda España. Se recelaba de los parientes, se ocultaba del amigo, se desconfiaba de sí propio; y todos se envolvían con su capa hasta la barba, y se sustraían á las miradas de los demás, al favor de las anchas alas del sombrero, ceñidas á su rostro.

Al pié del espionaje voluntario estaba la delación obligatoria. La Inquisición forzaba, bajo pena de complicidad, al hijo, á denunciar al padre; al padre, á hacerlo con el hijo, y á la mujer con su marido. Tú, golpeabas tu cabeza con la piedra de tu calabozo diciendo: «¿quién, es posible que haya repetido la palabra que sólo mi almohada ha podido oír?» Y lo preguntas, ¡desgraciado! Tu mujer ¿no tiene acaso un confesor?

La Inquisición decretaba el arresto del cuerpo, por una palabra, por una sospecha, por un billete anónimo, y para estimular la denuncia, aunque fuese calumniosa, garantizaba anticipadamente la impunidad del calumniador. Sospechar para ella, era proseguir; y continuar, era condenar. Si se le denunciaba un hereje, se apoderaba de él, invadía su domicilio, arrojaba de éste, á la esposa y á los hijos ¿qué le importaba su suerte? Si la mujer era joven, ¿no la quedaba su belleza? Y si el hijo estaba en aptitud de cargar una escopeta, ¿qué otra cosa necesitaba que el camino real?

Un escribano procedía, enseguida, al inventario minucioso de todos los muebles de adorno, joyas, alhajas de plata, títulos, valores y documentos que, desde entonces, consideraba como propios en virtud de su derecho de confiscación; y después de fijar sus sellos sobre las puertas y armarios, *la Santa Fe* encarcelaba al acusado en uno de los calabozos de su prisión; lo conservaba allí en secreto, sin fuego, sin luz, sin libros, sin papel, solo, siempre solo, replegado siempre, concentrado en sí mismo, con la cabeza entre sus rodillas; simple máquina para respirar ó gemir, y aun sin derecho á gemir en alta voz para que un carcelero no tuviese que obligarlo á callar á golpes y latigazos.

El Santo Oficio emitía su informe contra él, á su capricho, sin hacerle saber el género de herejía de que se le acusaba, acerca de cuyo informe sigiloso no le comunicaba más que un procedimiento falsificado. «Es preciso,» dice el manual de las leyes, «que todas las circunstancias sean ingeniosamente combinadas.» El juez deslizaba en medio de las acusaciones que le hacía, los más graves cargos, tan leves en la apariencia, que se escapaban á la consideración ó á la previsión del procesado. Rechazando los unos con indignación, y descuidando los otros, se concluía con que, si no los refutaba, era porque implícitamente los confesaba.

La Inquisición aceptaba la declaración de testigos tachados, marcados con la infamia, ladrones ó falsarios, y jamás los careaba con el reputado por reo, para que pudiese examinar ó rechazar su testimonio; y una vez terminada la

instrucción, el acusado comparecía ante el tribunal, pero á puerta cerrada, y sin el auxilio de un defensor.

El juez le interrogaba, pero ¿sobre qué? Sobre todo en general, y nunca sobre un hecho concreto, teniendo especial cuidado de silenciarle el acto ó la palabra con que la Inquisición lo acriminaba, dejándole alcanzar el mérito de adivinarlo y de denunciarlo él mismo contra sí propio.

Si en la ignorancia del hecho porque se le inculpaba, hacía referencia á otro de que ni siquiera aparecía sospechoso, se le declaraba culpable por confesión propia; si se obstinaba en no responder, hombre perdido. Su silencio era la prueba de su delito: *taciturnitas pro probatione habetur*, era la máxima: ¿no podía responder, sinó á medias? *Minitus*; se le declaraba culpable por reticencia, y se le imponía el fuego: ¿no confesaba? hombre endurecido, que era condenado á llevar una camisa azufrada en el horno de carne humana del *quemadero*.

De esta manera; culpable anticipadamente, culpable ya confesase ó ya negase, el acusado no tenía otra alternativa que confesar una herejía cualquiera, aunque jamás la hubiese profesado, redimiéndose por este acto de complacencia, de la tortura ó de la hoguera, pero no de la detención indefinida ni de la confiscación. Salvaba su vida, pero arruinaba á su familia.

Pero, por poco que tuviese la imprudencia de negar, era sometido por el juez á la tortura, y de ésta había dos clases. La primera, que era la del fuego, consistía en colocar los piés del

paciente sobre las brasas, frotándolos de tiempo en tiempo con una lonja de grasa para activar su escozor. La segunda, que era por medio del agua ofrecía padecimiento más cruel, y era, por consiguiente más practicada. El genio humano no ha encontrado todavía nada mejor en el arte del dolor. «Ordenamos, «decía el juez,» que el »dicho tormento sea aplicado de la manera, y »durante el tiempo que, Nos, juzguemos con- »veniente, después de haber protestado, como »protestamos, que en caso de lesión, de fractura »de miembro ó de muerte, no podrá ser impu- »tado el hecho, sinó al mismo acusado.»

El verdugo acompañado del señor Licenciado inquisidor, iba á buscar el prisionero á su calabozo para conducirlo al antro del dolor. El paciente entraba en una caverna, abovedada, baja de techo, donde se ahogaban los gritos de la víctima devueltos al centro de la tierra, y deslizando sus piés por encima de losas pegajosas, entreveía al través de las antorchas dos ó tres espectros de monjes, con el rostro oculto por una cogulla en que sólo había dos agujeros por donde aparecían brillando los rayos sinietros de sus pupilas. Se desnudaba al prisionero y se le acostaba en el *burro*, que consistía en una pila sin fondo en forma de ataúd, atravesada por una barra, é inclinada de manera que dejase los piés más altos que la cabeza para hacer que el peso de todo el cuerpo cargase sobre un solo punto de la columna vertebral.

El torturador lo ataba por los brazos y por las piernas con una cuerda doble que tenía un garrote en cada extremo; le ponía en la boca un lienzo humedecido que rociaba de cuando en

cuando para impedir que el aire filtrase, y para cortar la respiración al paciente.

El señor Licenciado mandaba al prisionero que recitase la oración *Quicumque vult*, y terminada esta plegaria, hacía la señal al verdugo.

Este daba el primer torcimiento de garrote en la pierna derecha, durante cuyo tiempo, su ayudante vertía gota á gota una pinta de agua sobre el pañuelo que se introducía en la garganta á cada esfuerzo que hacía el supliciado para aspirar. El ejecutor dejaba, después, reposar á su víctima por cinco minutos, para juzgar del efecto de la operación, y después daba un segundo retorcion de garrote en la pierna izquierda, practicando otro tercero cuando pasaba un corto tiempo de descanso.

Ahora bien: mientras que la cuerda iba penetrando hasta los huesos en el interior de las carnes, un hombre iba, volvía y daba vueltas alrededor del patibulario, inclinaba hacia éste la cabeza con la sonrisa en los labios y le suplicaba con aire de cariño, que hiciese la confesión de su herejía, y todo terminaría, y el crimen sería perdonado. Este hombre era el señor Licenciado.

Pero el acusado, fuerte con su inocencia, no confesaba, y arrostraba el tormento. Entonces volvía á empezar el garrote á retorcerse, y el paciente, en angustiosa asfixia, bramaba, su pecho se inflamaba, sus miembros, convulsos, se agitaban... un extertor más, y su cuerpo volvía á caer con todo su peso sobre los barrotes del potro, con la columna vertebral medio fracturada; y no quedaba una sola de sus fibras

que no vibrase ó se rompiese bajo el martirio del suplicio.

Un médico en pié al lado del *burro* con la mano sobre el corazón de la víctima, interrogaba cada una de sus palpitations como un termómetro destinado á medir todo lo que un hombre puede sufrir sin alcanzar la muerte.

Las arterias del supliciado se agitaban sobre sus sienas, arrojaba olas de sangre por su boca, su pupila se cerraba, y lograba al fin morir. El inquisidor alzaba la mano para que se suspendiese la operación, y volver á disputar su presa á la misma muerte.

El verdugo desataba las cuerdas, sus ayudantes cargaban sobre sus espaldas aquel paquete de músculos humanos medio molidos, y lo devolvían á su calabozo con la cabeza colgando. ¿Respiraba aun? Se sabrá más tarde.

¡Y la Inquisición aplicaba este suplicio, también á las mujeres!... Es verdad que si estaban en cinta, se las hacía la gracia de dejarlas el tiempo necesario para dar á luz su hijo.